

Fig 56

JUAN FABRÉ OLIVER

MANUEL DE CABANYES

ESTUDIO BIOGRÁFICO

Artículos publicados en el Boletín de la Biblioteca Museo-Ealeguer.

VILLANUEVA Y GELTRÚ.

Tipografía de José A. Milá, Rambla Principal, 41.

1889



JUAN FABRÉ OLIVER

MANUEL DE CABANYES

ESTUDIO BIOGRÁFICO

Artículos publicados en el Boletín de la Biblioteca-Museo-Balaguer.

VILLANUEVA Y GELTRÚ.

Tipografía de José A. Milá, Rambla Principal, 41.

1889

FAB Man

A mi amigo D. Salomero
Cerdada. Madrid
El Autor

MANUEL DE CABANYES

No por alarde de pueril vanidad de juntar el humilde nombre mio al del insigne autor de los PRELUDIOS DE MI LIRA y si por el afán de dar á conocer, aun que en pobre forma sea, algunos rasgos intimos de la vida de tan egregio poeta, doy á luz el presente estudio biográfico.

Nada más lejos de mí que el intento de obscurecer el relevante mérito de los trabajos que sobre Cabanyes llevan publicados escritores tan conspicuos como Milá y Fontanals, Balaguer, Menéndez Pelayo, Cañete, Coroleu y P. Eduardo Llanas; más modesta mi pretensión, solo aspiro á que sean conocidos por medio de mi sencillo trabajo los rasgos más salientes de la fisonomia moral del gran lírico villanovés.



I

NACIÓ el ilustre poeta D. Manuel de Cabanyes en Villanueva y Geltrú el día 27 de Enero de 1808, y no el 22 de los propios mes y año como equivocadamente consta en el Diccionario biográfico de Torres Amat, y en la segunda edición de sus obras que, bajo el título de *Producciones escogidas de D. Manuel de Cabanyes*, vió la luz pública en Barcelona en 1858.

Así dice textualmente la partida de bautismo del exímio poeta:

«Día vint y set de Gener de mil vuit cents y
»vuit: En las Fonts Baps. de la Parral. Iglá. de
»St. Antoni Abad de Vilanova y Geltrú, Bt. de
»Barna: Per mí Dr. Pelegrí Guasch, Pbre. y Rec-
»tor de ella; fonch batejat: D. Manuel, Nicolau,
»Josep Oriol, Pau. nat lo mateix die, fill ilegí-
»tim y natural del Noble Senyor D. Llorens de
»Cabanyes, y de la Sra. D.^a Catharina de Ca-
»banyes y Ballester, conjs., naturals de la pre-

»sept Parra. Fou Padrí D. Pau Cabanyes.
»Contralor de Artillería, en Barna. habitant,
»Ita. est: Dr. Peregrinus Guasch, Pbre. Ror.»

Ya en su niñez demostró gran afición al estudio y un talento poco común en el colegio de las Escuelas Pías de Barcelona, siendo de notar sus felices disposiciones para las ciencias exactas, confirmando las legítimas esperanzas en él fundadas, al cursar las facultades mayores de filosofía y jurisprudencia.

Puede decirse que en Cervera fué donde empezó á rendir culto á las bellas letras, ya que se sabe fué allí donde escribió un *Discurso sobre la historia literaria de España* y el soneto *A Conrado*, que, según dicen algunos, fué causa ocasional de que se trasladase á Valencia para continuar sus estudios. El soneto en cuestión (única de sus composiciones en que su musa libre se sujetó á las trabas del consonante), era una sátira amarga y punzante que hería con energía epigramática á un poderoso personaje —léase catedrático— cuyas iras eran temibles, pudo influir en el cambio de domicilio de Cabanyes; empero, por tradición de familia, tenemos noticia de otra versión que, á nuestro entender, explica cuando menos tan satisfactoriamente dicha traslación, y retrata, al propio tiempo, por medio de un rasgo novelesco, el carácter de nuestro poeta.

Érase por aquellos tiempos que Fernando VII debía visitar el Principado, en el que reinaba gran agitación, la que se hacía notar en la ciudad de Cervera por estar caldeada su atmósfera política, ya que en Mayo de 1822 se constituyó en ella la primera junta realista que hubo en Cataluña, Las autoridades estaban á

la que salta; la vigilancia se extremaba; el Rector de la Universidad se empeñaba más que de costumbre en tener á los estudiantes, amigos de algaradas, en el puño; habíanse dictado órdenes severísimas prohibiendo transitar por las calles á horas avanzadas, encargándose las rondas del cumplimiento de estas disposiciones; las familias que abrían sus salones á las animadas tertulias habían suspendido estas diversiones, aguardando, para reanudarlas, más tranquilos tiempos.

He aquí que, así las cosas, llega cierto día á escape, montado en un magnífico corcel, un gineete cubierto de polvo: era un Correo de gabinete que anunciaba la llegada del Rey, al que precedía á fin de mandar se preparasen para recibir dignamente al monarca y su séquito.

Apercíbense autoridades y vecinos para la recepción; háblase de iluminaciones, arcos de triunfo, serenatas y toda clase de regocijos; salen, para ser acepilladas, las casacas de las arcas y los sombreros de las fundas; y el clero parroquial, municipio y autoridades guerreras y pacíficas ven transcurrir las horas con impaciencia, sin que aparezca la regia comitiva ni se encuentre al apuesto mensajero.

El Correo de gabinete que esparció la falsa nueva era Cabanyes, quien se había permitido un bromazo, que, por irreverente, pudo costarle caro.

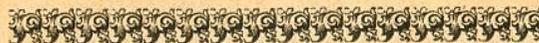
Y efectivamente hubiera sucedido así á no haber interpuesto su valimiento en favor del joven poeta su familia y amigos, que eran muchos y poderosos, figurando como circunstancias atenuantes de su falta, su juventud, noble estirpe y buenos antecedentes, los que ablan-

daron al severo Carlos de España; y por satisfecho dióse nuestro estudiante cuando le noticiaron que su castigo se reducía á salir de Cervera por algún tiempo, pasando en virtud de tal auto á continuar sus estudios en la Universidad de Valencia. No se comprende de otra manera que abandonase á Cervera cuando se había ya captado las simpatías de los notables de la población con su carácter liberal y humorista, su fino trato y conversación amena y culta (cualidades que poseía en alto grado, según cuentan algunos condiscípulos suyos que le sobreviven) y encontrándose entre amigos y paisanos, pues la mayor parte de los estudiantes villanoveses cursaban por aquel entonces en tan famosa Universidad: que no se abandonan fácilmente amistades y relaciones para marchar á otro punto, donde, por el momento, es sensible la falta de unas y otras.

Breve tiempo permaneció en Valencia y Huesca (en cuyas Universidades nuestro poeta continuó y terminó sus estudios mayores de Filosofía y Jurisprudencia), y tras una corta temporada que pasó en Villanueva al lado de su familia preparándose para graduarse, marchó á Zaragoza donde obtuvo el grado de licenciado en derecho civil en 1831, recibiendo en 1832 el privilegio de abogado de los Reales Consejos (*).



(*) En el artículo biográfico de las *Memorias para ayudar á formar un Diccionario crítico de los escritores catalanes*, de Torres Amat, constan como fechas de la licenciatura y título los años de 1832 y 1833, fechas á nuestro entender equivocadas, ya que en carta de 30 Octubre 1831, participa á su amigo don Joaquín Roca y Cornet haber concluido su carrera.



II

No se concretó Cabanyes al estudio de las asignaturas de su carrera, sinó que, como pensador y filósofo, no quiso estudiar literatura general sin tener antes conocimiento de varios idiomas que le permitiesen apreciar la belleza de las obras maestras de los grandes escritores extranjeros en los textos originales, poseyendo, á más del latín y del griego, el habla de Alfieri, Manoel, Macpherson y Byron, sus autores favoritos. Y puede juzgarse su mérito como traductor, en la preciosa y fiel versión al castellano de la tragedia *Mirra* de Alfieri, que encanta por sus esculturales endecasílabos sueltos, y en las primeras estrofas de la oda de Horacio *Justum et tenacem* etc., que si bien no se ha encontrado entre sus papeles, sabemos tenía el mismo número de versos que el original, no siendo tampoco inferior la traducción de la epístola de San Juan Crisóstomo á Eutropio, hecha libremente del original grie-

go, ni *Las noches del Tasso*, cuya traducción hizo Cabanyes por mitad con su amigo del alma D. Joaquin Roca y Cornet, la que se publicó en Barcelona en 1832, imprenta de A. Bergnes, y Compañía.

Deseoso de conocer *el concepto que formarían de sus producciones ojos más perspicaces que los suyos y menos indulgentes que los de la amistad*, publicó en 1833 un libro de poesías con el título de *Preludios de mi lira*, en el que estaban continuadas doce odas que, por sí solas, han bastado á inmortalizar su nombre. Para comprender el entusiasmo que en la república literaria despertaron esas admirables é inspiradas composiciones líricas, es preciso leer el artículo crítico que, á raíz de la publicación, apareció en las columnas del *Diario de Barcelona* del 13 de Mayo de 1833, así como también las cartas de Quintana, que dicen «no había visto entre los que escribían en el día, tan robustos pensamientos, laconismo, sublimidad y acierto en la distribución de la composición como en el novel poeta»; poniendo de relieve lo mucho que interesaron los *Preludios de mi lira* á Hermosilla, el que se tomara la molestia de hacer un concienzudo estudio crítico de los mismos, que remitió al autor, elogiando en gran manera las bellezas de las poesías y protestando de algunas libertades de metro y de dicción, que estaban en pugna con su severidad gramatical.

En los *Preludios de mi lira* recorre la del autor varios tonos sin que decaiga en ninguno, de modo que anda en pareceres si es mejor su oda *La independencia de la Poesía*, que es su profesión de fe literaria, ó si debe otorgarse

mayor distinción á la *Misa nueva*, con sus melodías sagradas, y dudan los críticos si raya á mayor altura en los delicadísimos versos del canto amoroso *Perdón, celeste virgen*, ó en las enérgicas y valientes estrofas del *Estío* y en los transportes líricos de *El Oro*. Tal era el talento del eximio villanovés que se presentaba en el campo de la poesía como innovador y revolucionario, sin sujetarse á otras trabas que las que le dictaban su gusto exquisito y sus profundos conocimientos en literatura clásica, huyendo del consonante, usando palabras de su invención, suprimiendo letras y hasta sílabas y dejando campear siempre sobre la letra ese espíritu, ese algo divino que se llama poesía y que brota á torrentes de sus endecasílabos libres que envuelven la idea sin deformarla, al igual que aprisionan las leves gasas el busto de una hermosa, añadiendo con pudorosa vaguedad misteriosos encantos á su belleza. Y escribía así en pleno romanticismo, cuando hasta los más insignes contemporáneos suyos, como Hermosilla, Quintana, Sinibaldo de Mas y otros, después de rendir justicia á sus méritos, le censuraban lamentándose de que abandonase el consonante y saliese del trillado camino académico.

Como no es nuestro objeto analizar las producciones de Cabanyes aquilatando sus méritos, tarea árdua y superior á nuestras fuerzas y conocimientos, nos concretaremos á terminar á vuela pluma sus noticias biográficas remitiendo al lector, que desee ver la crítica de las poesías del biografiado, á los eruditos trabajos publicados por Roca y Cornet, Milá y Fontanals, Menéndez Pelayo, P. Eduardo Llanas,

Víctor Balaguer, Cañete y Coroleu, insignes literatos á los que, sin disputa, les cabe la gloria de haberlas resucitado.



III

DICE Cabanyes, en una de las cartas dirigidas á su amigo querido Cintio— Joaquín Roca Cornet,—tratando de las *Vidas* de Plutarco: «Lo que me encanta más en este biógrafo es aquella pintura fiel que nos hace de los grandes hombres de la antigüedad, no presentándolos, como casi todos los modernos, en público, sinó haciéndolos ver al mismo tiempo allí á sus solas y como de casa, por decirlo así. Y de este modo es sin duda como debieran estudiarse los hombres, porque ¿quién es ya tan niño, que no sepa las farsas que se representan y se han representado y representarán por grandes y pequeños en este miserable globo? El caso consiste, pues, en quitar la máscara, y descubrir palpablemente lo que pasa dentro. Plutarco se parece en esto, aunque con mucha más filosofía y conocimiento del corazón humano, á los antiguos cronistas, que nos hablan de sus héroes, contándonos sus más familiares

»discursos y acciones, lo que hace tan interesantes sus gruesos tomos.»

Apoyados en lo que arriba transcribimos, nos creemos autorizados para publicar algunos datos de la vida íntima del autor de los *Preludios*, con tanto más motivo cuanto que éstos, lejos de perjudicar su buena memoria, ponen de manifiesto la belleza de su alma, que llenaban por completo la divina poesía y la *celestes virgen* de sus castos y desgraciados amores, que fueron el suplicio y la felicidad de su vida y causa de su prematura muerte.

Dícese que en la mujer es poesía casi todo lo que piensa, y, en el poeta, casi todo lo que dice, y añade Balzac que el genio verdadero tiene algunos atributos extraordinarios, que él llama femeninos. Es cosa sabida que muchos grandes poetas han bebido la inspiración en los labios de una hermosa. Cabanyes, que era poeta de sensibilidad exquisita y corazón predispuesto á los grandes ideales y á las grandes pasiones, sintió esa necesidad de amar que no se satisface con los sencillos goces de la familia y de la amistad sino con la posesión completa de la mujer querida, de esa mujer que vislumbraba en sus ensueños y que, de creación vagarosa de la fantasía, pasó á ser espléndida belleza de ojos negros y soñadores, cuyas ardientes miradas le expresaban era conocido su amor y aceptado con el júbilo de un deseo convertido en realidad. Empero no hay mortal que logre felicidad sin límites: el segundón de la noble y rica familia de Cabanyes, no era lo que, en el lenguaje matrimonial, se llama un gran partido, y la madre de la *celestes virgen* cortó en flor las halagüeñas esperanzas del abogado sin

bufete; y contestó á las insinuaciones de éste trasladándose con su hija á la capital del Principado, creyendo en la verdad del adagio que dice *ausencias causan olvido*.

Al ver menospreciados de tal modo sus méritos personales, juzgados por un criterio mezquino que chocaba abiertamente con sus nobles é hidalgos sentimientos, desahogó sus penas confiándolas á su buen amigo Cintio en una carta que retrata el estado de su alma y su vivísimo deseo de asegurarse un porvenir independiente, carta en uno de cuyos párrafos dice: «He concluido mi carrera; esta noticia no dudo que complacerá á V., porque yo también me alegrara si estuviera V. en mi caso. Falta saber qué es lo que haré yo ahora, y en verdad que no lo sé. Mi suerte, como la de muchos jóvenes en el día, es tan incierta, tan vaga, que me causa no pocos momentos de tristeza, pues ignoro absolutamente un destino en que podamos ser útiles á los otros y á nosotros mismos. Dios nos valga: esta es la esperanza de los infelices. No le parezca á V. por esto que me ponga ya en el número de éstos, no; tengo una madre, hermanos, algún amigo, y con esta compañía ¿quién puede decirse infeliz del todo? Pero cuando la naturaleza va rompiendo los vínculos que ella misma ha formado; cuando el torbellino de las humanas vicisitudes nos arrebatara lejos de *aquellos que han correspondido á los afectos de nuestro corazón*; cuando llega el día en que uno se encuentra sólo, aislado en el camino de este mundo, ¡ay, amigo mío! cuán triste debe ser no encontrar una barraca hospitalaria, los lares de la familia y un pedazo de pan! Cuán horrorosa debe ser la

»suerte de aquél cuyo corazón de hielo y su
»alma impia no encuentra á su miseria otro re-
»medio más que la desesperación y los delitos!—
»Mas á dónde voy, mi querido? no querrá el cie-
»lo que lleguemos jamás á tan deplorable es-
»tado: ¿podrá faltarnos nunca aquel rayo de
»esperanza que un Dios de bondad hace lucir
»siempre para los que confían en él?»

Ese rayo de esperanza que le animaba y for-
talecía le llevó á Barcelona á solicitar una en-
trevista de su dulce encanto; entrevista que se
repitió una y otra vez hasta que, advertida la
madre, encargó á una de sus doncellas espiara
las amorosas pláticas y proyectos, para obrar
en consecuencia; bien que resultaron inútiles
tales precauciones, pues, á fin de que oídos ex-
traños no profanasen sus transportes apasiona-
dos, hablaban los amantes en francés, lengua
por aquel entonces poco vulgar, siendo sutil
este ardid, que hoy parecería inocente.

No pudo averiguar la madre de la *celestes*
virgen los proyectos de su hija y del galán,
pero puso la primera á buen recaudo, logrando
persuadir á Cabanyes de que no vería jamás
con buenos ojos tales amores y esperando que
su hija, á fuer de sumisa y obediente, acataría
su voluntad.

Como quiera que son pocas las poesías amo-
rosas que nos restan del malogrado vate villa-
novés (*) y en algunas de ellas, deja entrever
lo arraigado que estaba en su corazón este

(*) En la segunda edición de los *Preludios*, figuran la *Can-
ción del Esclavo* y otra canción cuyos originales conservaba en
su poder D.^a Antonia Inglada, existiendo además otra poesía
que empieza: *Fatal lauro de victoria*.

amor, que fué el único de su vida, considera-
mos que el lector no ha de estimar inoportuno
las siguientes reproducciones:

A***

Perdón, celeste Virgen,
Si á tus honestos labios
Arrebaté de amor costoso un sí:
Si á tu inocente pecho,
Si á tus sueños tranquilos
Turbé la calma plácida, perdón.

Yo te adoré: y un ara
De purísimo culto
En el seno del alma te erigí:
Que ni mi ardiente boca,
Ni mis ojos de fuego,
Ni un pensamiento vago profanó.

¡Yo te adoré á tí sola!
Y ledo ya tejía
Nupcial corona para orlar tu sien:
Mas de repente en punzas,
En punzas venenosas
Ví tornarse en mis manos cada flor.

¡Lejos, fatal guirnalda!
De la dicha renunció,
Si al bien que adoro llanto ha de costar:
De mi dolor el cáliz
Apuraré yo solo:
Sé tú feliz ¡oh amada! y pene yo.

¡Sé tú feliz!... Del pecho
La infausta imagen borra
De quien más que amador tu amigo fué;
Y en urna funeraria
La triste llama ahoga,
Llama primera que en tu seno ardió.

Sin una pobre choza,
Sin un árbol antiguo
A cuyo sombra el cuerpo adormecer,
Yo arrastraré mi vida,
Como torrente inútil
Entre jaras y breñas corre al mar.

Mas solitario, errante
Entre agitadas olas
So el templo santo, en desesperada lid,
¡Oh Virgen! donde quiera
Al ánima afligida
Dulzura tus memorias llevarán.

Y cuando al fin mi espíritu
Las odiadas cadenas
Rompa que le atan al arcilla vil;
Y sus alas despliegue,
Y á volar se aperciba
A la eterna mansión del Sumo Bién;

¡Angel mío! en los coros
Yo esperaré encontrarte
Que himnos santos entonan al Señor;
Y á tan plácida idea
Sobre el muriente labio
Sonrisa celestial florecerá.

* * *

Y te adoré cuando por fin piadosa
Me prometiste sempiterno amor.

Yo te adoré, cuando un destino impío
Lejos de tí, mi Nice, me arrancó,
Y la corriente del extraño río,
Mi llanto fiel mil veces aumentó.

Yo te amaré, yo te seré constante
Mientras á la noche siga el rosicler,
Siga la sombra á la deidad radiante,
Goce al afán, quebrantos al placer.

Cuando la luz yo dejaré del mundo
Y de mi tumba el mármol abriré:
Entonce aun mi labio moribundo
Repetirá: «te adoro, te adoré».

Mas si tú, virgen que adoro,
En tu amante corazón
Conservas fiel la memoria
De nuestro infelice amor,
Como rosal que insensible

A mudanza de estación,
Vencedor de sol y escarcha
Aparece siempre en flor,
Oh! si fuese así, felice
Felice más que todos seré yo.

y en el epitalamio que dedica á su amigo Roca
y Cornet cuando su enlace con D.^a Josefa Fiter,
al escuchar el *sí*, dice:

No fué la envidia
Ah! bien lo sabes!
Del placer celico
Que tú gozabas,
Quien de mi espíritu
Turbó la paz:

Fué una mortífera
Voz que en el alma
Sonó fatídica:
*Tales dulzuras
Nunca tú ¡miseró!
Disfrutarás.*

y no se crea que somos nosotros los que sub-
rayamos, sinó el autor.

Así como los hijos son sangre de nuestra
sangre y vida de nuestra vida, así también los
hijos de la fantasía y del genio nacen y se nu-
tren á expensas de nuestra vida, llevando en sí
ese sello de raza que los distingue y caracte-
riza, que les dá fisonomía moral, haciéndoles
reflejo y hasta puede decirse parte de nuestra
alma. Para dar vida es preciso tenerla y te-
nerla de sobras, y Cabanyes no tenía suficiente
vitalidad para dársela tan espléndida y pródi-
gamente á sus producciones. Su complexión
delicada no era para resistir este estudio ince-
sante, febril, que había hecho de un joven de
veinticinco años un distinguido abogado, un
buen filósofo, un excelente literato, un gran
poeta, y menos aun para luchar contra los do-

lores del corazón, que acaban más que los físicos, y ante los cuales la ciencia médica se declara impotente.

La tisis, esa enfermedad poética de suyo que ciñe con brazos de sirena al enfermo, le arrulla dulcemente, le hace percibir horizontes desconocidos, excita los sentidos y destruyendo lentamente el cuerpo aviva el alma como preparándola para la vida del espíritu, hizo presa en Manuel de Cabanyes cuando empezaba á vislumbrar el *brillante fantasma de la gloria*, que llegaba á él para mitigar sus amorosos desencantos; y en breve tiempo hizo la enfermedad tan rápidos progresos que, como último recurso, aconsejaronle los médicos se trasladase á la casa de campo propiedad de su familia, situada á pocos minutos de su villa natal, buscando en los goces de la tranquila y apacible vida campestre alivio á su salud quebrantada.

Llegó la noticia de su enfermedad á oídos de su adorada, y previendo un fatal desenlace, fué tal la desesperación y tristeza que se apoderó de ella, que con sus lágrimas ablandó á su madre, influyendo no poco un pintor distinguidísimo entre los de aquella época, quien, admirador del talento de Cabanyes, se lamentaba de que la oposición de su madre hiciera desgraciado á este joven y á su hermana querida. El mismo fué comisionado por su familia para que, acompañado de un sacerdote que frecuentaba la casa como amigo y consejero, aunando voluntades con su carácter afectuoso y conciliador, noticiase al poeta el beneplácito de la madre de su adorada.

Triste, tristísima fué esta entrevista: Ca-

banyes, que estaba moribundo, recibió con lágrimas á su hermano—tal podía llamarle—y al buen religioso, y á los halagüeños proyectos que éstos le expusieron para cuando recobrara su salud, contestó con melancolía:—Es tarde, demasiado tarde; pero, con todo, muero feliz, contento, y esa felicidad en parte se la debo á VV.....

Sintiéndose morir el cristiano autor de la *Misa nueva* pidió los consuelos de la religión; y al amanecer del día 16 de Agosto de 1833 voló su alma á Dios.

Su familia, abriendo el balcón de par en par, dejó que la luna besara la frente del poeta, resultando proféticos sus sentidos versos:

Cuando á par de mi cabaña
Sentado una noche amiga
Del estío
Armada de su guadaña
Venga la muerte y me diga
«Ya eres mío»

O Luna! en aquel momento
Ay! alumbra por piedad
Al que un día
Joven, su lira y su acento
A tí, bondosa deidad,
Dirigía.

Y sobre tus rayos, rotas
Las mortales ataduras
Volará
Mi espíritu á las ignotas
Deseadas mansiones puras
De Jehová.

